

---

# Antonio Sánchez Rebollo

Nació en Lorca en 1919 y fue, de entre los jóvenes poetas de la posguerra, el más alentado y tenido en consideración por Eliodoro Puche.

ANTONIO SANCHEZ REBOLLO, sin embargo, nunca se esforzó en dar a conocer su obra, salvo a unos pocos amigos; lo que fue causa de que en el momento de su muerte, acaecida en 1978, en Murcia, se hallara dispersa en folios mecanografiados, habiéndose perdido en su mayor parte.

Mientras un grupo de amigos trata de reunir los poemas dispersos de ANTONIO SANCHEZ REBOLLO, verdadero continuador de la Generación del 27, para su publicación, «MONTEAGUDO» ofrece un adelanto de los mismos para que tan interesante poeta empiece a dejar de ser un total desconocido.

## I

Algo doliente entre tus ingles gime,  
habla caliente de tus hijos. Tú,  
piedra de corazones entregados,  
raíz de corazones ya desnudos,  
despoblados de ti, yaces tu vida,  
yergues la tierra con sus manos limpias.

La fría lentitud de tu desmayo,  
la viril prontitud de tu perfil,  
la granada sustancia de tu esencia,  
los frascos vegetales de tus manos,  
se pusieron de pie para ir de frente  
al emprender la empresa del retorno.



## II

Aquí estás, con nosotros, como siempre,  
conmigo y con tu madre,  
con nosotros, los muertos que te siguen,  
que no te pueden ver porque te llevan  
entre los brazos como un niño dado  
a luz una mañana llena de árboles.

Y, además, ardes ya, se quema todo  
lo que no fuiste nunca, lo que eres.  
Te quema con un nardo en una playa  
a las doce del día, cuando un toro  
aguarda los clarines de las olas.

---

III

Te quemas como un río, como un beso,  
como un macho florido entre la espuma  
que deja en los cantiles un ciprés  
recién podrido sin cristal. Has vuelto.  
Estás entre nosotros, como siempre,  
como todo los días que has estado,  
que seguirás estando, aunque no quieras.  
Tú no tienes la culpa de ser hombre  
que escapa de la punta de los dedos  
y se sienta a la sombra de los tigres.

Tú no tienes la culpa de que yo,  
no encontrara un pañuelo para darte  
mi bienvenida a tu llegada al puerto  
y no encontrara manos que entregarte,  
ni labios que callaran, ni valor.  
Ni valor para verte en un espejo,  
espejo, ya cristal, recién nacido.

